

C U E N T O S S I N C O R O N A



malísimo

AUTORA: MIREYA TABUAS

ILUSTRADORA: CARMEN SALVADOR

Malísimo

Odio a Sebastián. Rompió mi caja de colores favorita. La misma que él me regaló en mi cumpleaños. Odio a Sebastián.

Sebastián tiene dos años menos que yo y es el colmo del fastidio. Hace un mes pintó a mi gato de verde. La semana pasada perdió uno de mis patines. El viernes llenó mi cama de hormigas. Ayer le echó sal y pimienta a mi chocolate. A veces, cuando duermo, pega chicle en mi pelo o coloca sus pies que huelen a queso en mi cara.

Sebastián es el colmo de los colmos.

Y lo peor es que nada le importa. Todo para él es un chiste. Aunque yo grite, patalee o le diga como cien groserías. Aunque amenace con morderlo. Todo le da igual.

Ahora anda por ahí, de lo más tranquilo, jugando con su escopeta ultrasónica nueva, sin tomar en cuenta que rompió mi caja de colores favorita, la que me regaló en mi cumpleaños. Tengo demasiada rabia. Quisiera ahorcarlo, retorcerle el pescuezo. No puedo estar ni un minuto más aquí. Mejor salgo de esta casa.

En el parque abandonado se está bien. Cuando ha llovido huele a grama y por un momento parece que el mundo es un lugar agradable para alguien como yo. Y en verdad lo sería sin Sebastián. Estoy harto de él. Quiero que lo atropelle un carro, que lo pise un tren y choque con una gandola. Ojalá pudiera mandarlo al fin del mundo que debe quedar por allá por el Polo Norte. No quiero ver más su nariz de cochino frito ni oír su voz de pito desafinado. Ojalá de verdaíta hasta se muera. Pero Sebastián anda por ahí de lo más libre sin que yo pueda hacer nada.

Ya sé por qué alguna gente tiene perros y no niños. Porque a los perros, cuando son malos, se les puede amarrar con cadenas y bozales para que no molesten más. Así me gustaría hacerle a Sebastián. Sería muy bueno verlo atado, asustado y pidiendo perdón. Y si quisiera hacer caca tendría que pedirlo de rodillas. Yo sería un gigante, un ogro peligroso, que domaría a Sebastián a mi gusto. Tendría a mi disposición látigos, cuchillos, navajas, espadas, martillos y hasta un alicate para torcerle la nariz y arrancarle una a una las uñitas. Sebastián tendría que hacerme caso a juro y lo obligaría a comer vainitas y zanahorias crudas.

Si yo tuviera la fuerza de un ogro grande, arrastraría a Sebastián hasta el columpio más alto del parque. Lo montaría en él y lo empujaría. Como yo sería tan poderoso, lo enviaría con todas mis fuerzas a la galaxia más lejana, mucho más allá de Júpiter, de Saturno y de Plutón. A un planeta que no se pudiera ver desde ningún telescopio para que nadie lo pueda encontrar nunca. Sería el planeta más monstruoso que existe.

El planeta estaría lleno de manos sucias y horripilantes que crecerían igual que los árboles. En vez de lagos, habría bocas llenas de caries y mal aliento, como la del loco de la esquina. Y una nariz con pelos negros sería la montaña más alta del planeta.

Sebastián caería dentro de la nariz. Luego las uñas afiladas del planeta se le meterían por las orejas. Y Sebastián se haría pipí del miedo porque una boca inmensa llena de dientes como de cocodrilo furioso lo esperaría para comérselo completo, saboreándolo de pies a cabeza.

Y ya la boca se va a comer a Sebastián cuando una mano toca mi hombro.

La mano tiene las uñas mugrientas y los dedos pintados de verde.

Pero es una mano pequeña y conocida. Es la mano de Sebastián. Y en la mano de Sebastián hay un caramelo relleno de chocolate, de los que me gustan.

Sebastián me habla con su voz de pito:

—¿Qué haces "Gustabobo"?

—Pensando en ti— contesto.

Y Sebastián me da el caramelo.

Y bueno...

Solo a Sebastián le permito que me llame Gustabobo en vez de Gustavo que es mi nombre. Porque solo Sebastián es capaz de encontrar los caramelos que los adultos esconden en los sitios más difíciles.

Porque solo Sebastián los comparte conmigo.

Porque solo Sebastián habla dormido.

Porque solo Sebastián lanza unos escupitajos a más de tres metros y agarra las cucarachas con la mano y tiene una colección de groserías.

Porque solo Sebastián abre la ventana para que yo pueda mirar de lejitos a la niña del apartamento siete.

Porque solo a Sebastián le gustan mis dibujos de dragones.

Porque solo él puede verme y es mi único amigo.

Menos mal que no soy tan fuerte como un ogro grande, porque aunque tenga mucha rabia nunca podré mandar a Sebastián al planeta horroroso que está después de Plutón.

Menos mal que aún soy un ogro pequeño.

Del libro "Cuentos para leer a escondidas", de Mireya Tabuas.

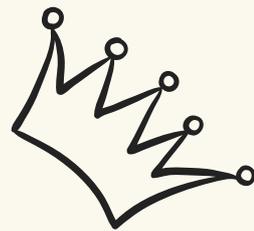
Ilustraciones de Carmen Salvador



Actividades propuestas

- Crea tu propio amigo imaginario. Dibújalo.
- Ponle un nombre.
- Responde las siguientes preguntas:
 1. ¿Qué edad y sexo tiene tu amigo imaginario?
 2. ¿Qué sabe hacer tu amigo imaginario? ¿Tiene algún súper poder?
 3. ¿Qué le gusta comer a tu amigo imaginario?
 4. ¿Cuál es el color favorito de tu amigo imaginario?
 5. ¿Tu amigo imaginario hace travesuras o es tranquilo?
- Ahora escribe un cuento corto donde tu amigo imaginario sea el protagonista.

CUENTOS SIN CORONA



Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Abril, 2020

Contactos:

Autora: mtabuas@gmail.com

Ilustradora: carmendibuja@gmail.com